

jueces naturales de la fe, y celadores revestidos de la gracia del sacerdocio en toda su plenitud para defender el rebaño de Jesucristo. No habia entonces en aquellas provincias mas que cuatro obispados, que eran Arras, Cambray, Tournay y Utrecht. Desde luego se erigió á Utrecht y á Cambray en arzobispados; se estableció un nuevo arzobispado en Malinas, y trece obispados en diferentes ciudades, los cuales se distribuyeron entre estas tres metrópolis por el orden siguiente. Sufragáneos de Cambray, San Omer, Arras, Tournay y Namur: de Malinas, Amberes, Gante, Brujas, Bois le Duc, Iprés y Ruremunda; y de Utrecht,

aquel mismo año en el convento de la Minerva. El tiempo ha hecho públicos los informes que se dieron en aquel proceso, y entre ellos se vé el del grande arzobispo de Valencia y patriarca de Antioquia, el Beato Juan de Ribera, el cual es un testimonio incontrastable de la doctrina ortodoxa de Carranza. Antes de espirar, y al tiempo de recibir el santo Viático, protestó, bañado en lágrimas, que *jamás habia ofendido mortalmente á Dios en materias de fe*. El pueblo despreció á los calumniadores, y rindió al prelado oprimido la justa veneracion que merecian sus virtudes. El Papa Gregorio XIII mandó poner en su sepulcro un epitafio que contiene el mayor elogio, como de un hombre igualmente ilustre por su ciencia que por sus costumbres, y por su modestia en la prosperidad, como por su resignacion y paciencia en las adversidades. Nos quedan algunas obras de este eminente prelado; siendo las principales su *suma de los concilios y de los Papas, desde San Pedro hasta Julio III*; un *tratado de la residencia de los obispos y de los demás pastores de la Iglesia*; un *catecismo español*; un *libro sobre los siete Sacramentos de la Iglesia*, y *las disposiciones necesarias para recibirlos con fruto*, y un *tratado de la oracion, del ayuno y de la limosna*, con una explicacion de la *oracion dominical*. Véase su vida escrita por el P. Salazar de Mendoza.

Harlem, Deventer, Middelburgo, Lewarden y Groninga. De las rentas del obispado de Teruana, ciudad enteramente arruinada por Cárlos V, y que habia sido una de las sillas mas considerables, aplicó el Papa las dos terceras partes á San Omer y á Iprés, y lo restante á la iglesia de Boloña, que fue erigida entonces en silla episcopal de Francia, sufragánea de Rems: lo que no bastó para impedir las justas quejas del arzobispo de esta última ciudad y de su Soberano contra la substraccion que de mano armada se hacia á la iglesia galicana de las sillas de Cambray, Arras, y aun Tournay, que hasta entonces habian permanecido invariablemente bajo su dependencia. Respondió el Papa de un modo vago, y quedó satisfecho el débil sucesor de Enrique II. Sin embargo, el cardenal de Lorena, arzobispo de Rems, protestó, cinco años despues, que no habia consentido jamás en la ereccion de Cambray en metrópoli. En el mismo año 1559 eximió tambien Paulo IV á la silla de Goa, en las Indias portuguesas, de la dependencia de Lisboa, á causa de la distancia de los lugares, y la erigió en metrópoli, dandola por sufragáneas las sillas episcopales que erigió al mismo tiempo en Málaga y en Cochín.

92. En el discurso de este año empezaron á publicarse las centurias de Magdeburgo, que duraron sin interrupcion por espacio de quince años. El principal individuo de la compañía luterana que emprendió esta obra, era Matías Flaccio, uno de los discípulos mas eruditos de Lutero y de Melanchton; y trabajaban

bajo sus órdenes Juan Wigand, Mateo Judex, Basilio Faber y Marcos Wagner. El oficio de este último era registrar las bibliotecas, y aprovecharse de sus libros mas raros, pasando, en cumplimiento de su encargo, hasta lo mas remoto de Dinamarca: en lo que mostró una diligencia y una habilidad particular; pero á egemplo de todos los hombres preocupados con sistemas, especialmente en materia de religion, no vió por todas partes sino lo que era favorable á sus errores. Las centurias, llamadas así por la division de este género de historia eclesiástica en siglos ó periodos de cien años, son trece, que forman otros tantos tomos, y cada centuria se divide en diez y seis capítulos, que contienen todas las cosas notables de cada siglo. El primer capítulo es por lo comun un sumario de lo que se va á decir; y los demás tratan del lugar y de la estension de la Iglesia, de la persecucion ó de la paz, de la doctrina, de las heregías, de las ceremonias y ritos, del régimen, del cisma, de los sínodos, de los obispos, de las sillas principales, de los hereges, de los mártires, de los milagros, de los judíos, de las demás religiones separadas de la Iglesia, y en fin, de los movimientos y revoluciones políticas: mal modelo de orden histórico, el cual no ha dejado de tener sus copiantes: y ¡ojalá no hubiesen imitado mas que esta falta de buen gusto ó de método, sin adoptar el tono cismático de muchas doctrinas de las centurias! Esta obra, escrita con el objeto de denigrar á la iglesia romana, dió motivo á su docto vengador, el cardenal Baronio, para emprender

los anales eclesiásticos; pero en la egecucion se aconsejó únicamente de su juicioso modo de pensar, y conforme al título que habia dado á su obra, no buscó otro orden que el de los hechos y el de los tiempos.

93. Multiplicando la heregía sus escesos en todas partes, y con especialidad en Francia, intentó Paulo IV establecer en aquel reino la inquisicion, segun se egercia en Italia y en España. No habiendo podido conseguirlo, renovó en una bula de las mas rigurosas todas las censuras y penas fulminadas contra los hereges, á quienes declaró, de cualquier clase y condicion que fuesen, inhábiles y privados, sin otra forma de proceso, de sus beneficios, dignidades y señoríos, aun cuando fuesen supremos, concediéndolos á los primeros católicos que se apoderasen de ellos. Quiso tambien que, sin limitarse los inquisidores italianos á perseguir la heregía, conociesen de otros muchos delitos. „Reforma, reforma (esclamaba continuamente); nada adelantaremos como no sea por medio de la reforma. Si, santísimo Padre (le replicó un dia el cardenal Pacheco); pero es necesario empezar por nosotros mismos (1)“ Comprendió el Pontífice lo que queria decir aquel prelado. Ya habia principiado á advertir la mala conducta de sus parientes, los cuales eran el azote de los estados de la Iglesia, y de otra porcion considerable de la Italia, adonde estendian sus latrocinios. Un piadoso teatino, llamado

(1) *Pallav. l. 14. 7.*

Jeremías, en quien tenia el Papa una entera confianza por razon de su antigua confraternidad, corroboró estas primeras disposiciones, y consiguió del Papa que por lo menos observase la conducta de sus sobrinos los Cáraffas. En este tiempo dió amargas quejas al Papa el duque de Florencia, á pesar de todos los artificios de los nepotes para impedir que llegasen á noticia de su Santidad, de las contribuciones insupportables que imponian en Toscana sobre el clero, monasterios y hospitales. Como la advertencia de Pacheco, aunque habia sido muy general, recaia sobre otras muchas, hizo que el Papa fijase la atencion en todas ellas, y produjo el deseado efecto.

Mostrándose entonces Paulo superior á las impresiones de la carne y de la sangre, tuvo un consistorio sumamente numeroso, lloró y detestó la vida desarreglada de sus parientes, y pronunció por sí mismo un decreto, que pudo mirarse como una entera reparacion de su flaqueza precedente, cualquiera que ésta hubiese sido (1). Mandaba á sus sobrinos que saliesen de Roma en el término de doce dias, con toda su familia, mugeres é hijos. El cardenal Cáraffa quedaba despojado de la legacion de Bolonia, y de los demás empleos y dignidades que tenia, y se le desterraba á Lavinia. A su hermano, el duque de Paliano, se le quitaba el mando del egército eclesiástico, y el empleo de general de las galeras, y se le relegaba á su castillo de Galesa. Al marqués de Montebello se le enviaba á las haciendas que tenia en la Romaña, y á

(1) *Pallav. ibid.*—*Ciacon. t. 3. p. 812.*—*Thou. l. 22.*

todos en general se les prohibia estrechamente salir de los lugares de su destierro, con la amenaza de que serian tratados sin misericordia en caso de transmigracion. Habiendo querido algunos cardenales escusar á los reos, les impuso silencio el Pontífice, y mandó que no se le hablase jamás en favor de ellos. Quitó tambien las magistraturas á los que las habian recibido de sus sobrinos, hizo prender á muchos, y abolió varios impuestos establecidos sin noticia suya.

94. Algunos meses despues de este vigor egemplar, murió Paulo IV, á los ochenta y nueve años, el dia 18 de Agosto de 1559. Si este Papa mostró en algun tiempo cierta flaqueza ó negligencia con respecto á sus parientes, dió á entender con la reparacion de ella, que era mas bien efecto de su decrepitud que de su carácter. Aquella alma, naturalmente fuerte, pero casi aniquilada con tantas alternativas de abatimiento y de vigor, adquirió de repente, antes de exhalarse, el justo temperamento de su energía natural, siendo este el fruto de la rectitud habitual de sus intenciones. No se puede negar que este Pontífice tenia mucha nobleza de alma, una delicadeza de probidad poco comun en los grandes puestos, un celo extraordinario por la conservacion de la fe católica en toda su pureza, y en fin, es notorio que su vida fue tan arreglada en el trono como en la congregacion de que fue co-fundador. Sin embargo, inmediatamente despues de su muerte se desenfrenó el pueblo contra él de un modo espantoso, en ódio de la inquisicion y de las nuevas facultades que la habia

concedido. Prendieron fuego en las cárceles de este tribunal, despues de haber sacado de ellas á todos los presos; quemaron la casa del comisario, al cual maltrataron en extremo, y costó mucho trabajo impedir que los incendiarios acabasen con el convento de los religiosos de Santo Domingo, ministros del santo oficio. Hicieron pedazos en el Capitolio una estatua escelente que el senado habia erigido al Papa, y la cabeza de ella sirvió de juguete al populacho, que se divirtió en arrastrarle tres dias consecutivos por todas las calles de la ciudad, y despues la arrojó en el Tiber. Para libertar del furor público el cadáver del Pontífice, fue necesario llevarle precipitadamente y sin pompa á la iglesia del Vaticano, y poner en ella guardia armada hasta que se le colocase en un sepulcro de ladrillo, murado con toda solidéz.

95. Esta violenta conmocion, junta con los embrollos del cónclave, á cuya prolongacion contribuyó mucho el embajador español Vargas, fue causa de que la santa Sede estuviese vacante cuatro meses. Los franceses procuraron por su parte que recayese la tiara en el cardenal Tournon, en quien hallaban un mérito nada inferior al que tuvo en otro tiempo el cardenal de Amboise, y que no fue mas afortunado que éste. En fin, el dia siguiente al de Navidad, en la noche del 25 al 26 de Diciembre de 1559, se eligió al cardenal Juan Angel de Médicis, otros le llaman Medichino, el cual tomó el nombre de Pio IV. Dicen que no era de la familia de los Médicis de Florencia, y que únicamente el esplendor del Pontificado

movió á Cosme, gran duque de Toscana, á conocer á Pio IV por pariente suyo. Era hijo de Bernardino Médici ó Medichin, arrendador general de las rentas ducales del Milanesado, y debió su elevacion á la fortuna de su hermano mayor, el cual llegó á ser marqués de Mariñan (1). No obstante, era su madre una señora de la familia de los Servellonis: y su hermana Margarita se habia casado con un caballero de la casa de los Borromeos, ilustre sin duda alguna en el Milanesado. De este matrimonio nació San Carlos Borromeo, que fue el mayor ornamento del Pontificado de su tío, y uno de los hombres mas célebres de su siglo. Un mes despues de la exaltacion de Pio IV, fue Borromeo creado cardenal, con Juan Antonio Servelloni y el Príncipe Juan, hijo segundo del gran duque, aunque apenas habia cumplido diez y seis años.

Luego que se vió el nuevo Papa en el trono, manifestó un espíritu de paz y de concordia. Sin hacer caso de la desavenencia de Paulo IV con Fernando, que habia tomado el título de Emperador antes de ser coronado, segun la costumbre antigua, y por lo mismo no quiso reconocerle jamás este Papa, declaró luego Pio á Fernando que aprobaba su elevacion al imperio, y le hizo, en persona de su embajador el conde de Arcos, todos los honores debidos á su dignidad. Se apresuró tambien á restablecer la tranquilidad en Roma, y perdonó al pueblo todos los desórdenes cometidos en la muerte de su predecesor.

(1) *Ciacon. t. 3. p. 667.* = *Du Chesne, vida de los Papas.*

Anuló todas las providencias demasiado severas que habia dado aquel Pontífice, estableció un orden mas benigno, mandó revisar una infinidad de pleitos, abolió la mayor parte de los edictos extraordinarios, y redujo insensiblemente la justicia al método acostumbrado. Sacó de las cárceles á los que estaban detenidos en ellas de orden de Paulo IV por sospecha de heregía, pero haciendo que se examinasen antes sus causas con toda atencion.

96. Sin embargo, condescendiendo con las instancias de muchas personas que habian experimentado las injusticias de los Cáraffas, no se contentó con lo que el Papa, su tio, habia dispuesto contra ellos; y aunque contribuyeron mucho á colocarle en el trono pontificio, mandó prenderlos de un modo vergonzoso. Se tomaron noticias acerca de sus malversaciones, se les formó causa, y los mas delincuentes fueron castigados con pena capital. Llevando á la cárcel al cardenal Carlos Cáraffa: „justamente (dijo) se trata así á los Cáraffas, pues de un Medichino han hecho un Sumo Pontífice.” Pero el mayor cuidado de Pio IV, y lo que contribuyó principalmente á honrar su Pontificado, fue la continuacion del santo concilio, al cual dió la última mano. A los cuatro dias despues de su coronacion, tuvo un consistorio muy numeroso, en el que mandó á los cardenales que averiguasen los abusos que debian reformarse, y pensasen en el lugar, en el tiempo y en todos los preparativos para la continuacion del concilio, prometiendo mostrar un celo tan puro y desinteresado, que evitase ó

confundiese los cargos hechos á las dos asambleas precedentes. Desde entonces se echó de ver en las obras del tio el espíritu del sobrino, ó del cardenal Borromeo.

97. El proyecto de congregar un concilio nacional en Francia, confirmó á Pio IV en la resolucion de acelerar el concilio ecuménico. Como aquella nacion era el blanco de todos los tiros de la heregía, y de su compañera inseparable la discordia, se valia, á falta de los verdaderos remedios, de cuantos paliativos la parecia á propósito para suspender por lo menos la continuacion de sus males (1). Se habia descubierto una horrible conspiracion, tramada en la Ferté Jouarre, en la que, conforme á la decision doctoral de los ministros, profesores y abogados protestantes de Alemania, Francia y Ginebra, se habia resuelto tomar las armas para acabar con los Príncipes de Guisa, y al mismo tiempo con la religion en Francia, protestando que no se tenia otro objeto que el de dar fin á los castigos impuestos por causa de religion. El mismo Rey y toda la familia real estaban amenazados, segun algunos autores, en aquella conjuracion, y el mayor número de los conjurados habian sido de parecer que se les tratase sin ninguna consideracion, del mismo modo que á los demás defensores de la fe: acusacion que solo puede recaer sobre un vulgo brutal, y principalmente sobre los ministros, cuyo feróz y orgulloso entusiasmo se

(1) Davil. l. 1. p. 31. = Bez. Hist. Eccl. l. 1. p. 256. = Thou. y Branton.

irritaba con especialidad contra las clases superiores y poderosas. Al contrario, los Príncipes y los demás personajes ilustres solicitaron, aunque se ignora si lo consiguieron, que prometiese toda la asamblea no derramar la sangre real. A escepcion de esto, todo lo demás se tuvo por legítimo, con tal que un Príncipe de la sangre, el cual era en el caso presente, segun decian ellos, el verdadero magistrado, quisiese ser el gefe de la empresa.

Confirió la secta este título al Rey de Navarra Antonio de Borbon, Príncipe afable, benéfico y magnánimo, esforzado y valiente en la guerra, pero poco á propósito para el gabinete, el cual le era mas temible que el campo de batalla; y por último, tan amante de la quietud y de los placeres, que no fue posible inclinarle á aceptar un honor tan arriesgado. Su hermano, el Príncipe de Condé, que tenia mas energía y menos prudencia, se determinó á representar este papel, pero con la condicion de que no habia de declararse hasta que la empresa se hallase en buen estado, bajo la direccion de un teniente que debian darle para las primeras tentativas. Se confió este encargo á Godofredo de la Renaudie, hidalgo natural de Perigord, que habia perdido la hacienda y el honor por una falsificacion, de cuyas resultas estuvo preso en las cárceles de Dijon. Pero habia logrado escaparse de ellas, despues de lo cual huyó á Berna, y en seguida á Ginebra, donde, substituyendo la reforma á la improbidad, abrazó el nuevo evangelio, pasando desde la clase de falsario á la de héroe de la secta. Con esta

investidura recorrió las provincias de Francia; animó á los conjurados, de los cuales llevaba una lista; aumentó su número, y despues de haber seducido á una infinidad de personas, las citó á Nantes, como que era un rincon del reino donde con dificultad podrian ser notados. Uniéronse todos con los juramentos mas terribles; tomó la asamblea el título respetable, mejor diré ridículo, de estados generales ó córtes; deliberó acerca del modo, tiempo y lugar de la egeecucion, y dispuso de todo con una autoridad absoluta. Se acordó, entre otras cosas, que para egecutar el proyecto pasasen por diferentes caminos á Blois, donde se hallaba la córte, quinientos hombres de caballería y mil de infantería, mandados por treinta gefes que se nombraron entonces.

No dejaron los de Guisa de tener noticia de un secreto comunicado á tantas personas. Se les escribió acerca de él desde Flandes, Alemania, Suiza é Italia, adonde habia penetrado; pero estaba tan distante de toda verosimilitud, que lo miraban como una quimera producida por un terror pánico. Entretanto, habiendo ido la Renaudie á París para dar la última mano al proyecto, poniéndose de acuerdo con el Príncipe de Condé y el ministro Chandieu, y manifestado el secreto al abogado Avenelle, en cuya casa estaba hospedado; Avenelle que era hombre de bien, aunque muy celoso al parecer por los progresos del calvinismo, marchó prontamente á Blois, y reveló al duque de Guisa todo lo que sabia acerca de la conjuracion. No pudo decir si los Chatillones eran del

número de los conjurados; pero habiéndolos llamado al momento la Reina madre, dándoles grandes testimonios de confianza, se valió de la destreza que la era tan natural, y los manejó de tal modo, que quedó enteramente convencida de su complicidad. Sin darse todavía la corte por entendida, se trasladó desde Blois á Amboise, ciudad mas fácil de defender, como que tenia mucha menor estension, y estaba fortificada con un castillo muy bueno. Se cuidó de reunir muchas personas nobles, estuvo pronta la gendarmería (*), se pusieron guardas por todas partes, y se comunicaron ordenes en las provincias para que se tomasen las armas, y se prendiese á cuantos vagos y desconocidos se encontrasen en el camino de Amboise. Habiendo llegado entonces á esta ciudad el Príncipe de Condé para declararse cuando fuese tiempo, como lo habia prometido, se vió precisado á detenerse allí, ya por la vergüenza de abandonar á los que se esponian por él, y ya por el temor de convertir en certeza la simple sospecha, que, segun creia él, se habia formado acerca de su persona.

No fue muy difícil disipar una conjuracion descubierta. La mayor parte de las gentes de la Renaudie fueron presas, ya en el parage que se las habia señalado en las inmediaciones de Amboise, y ya en las selvas por donde atravesaban en patrullas para llegar allá. Fue acometido él mismo en la selva de Chateau-Renaud por su primo Pardaillan, adicto en extremo

(*) Cuerpo de caballería en Francia, el primero despues de los de la casa real.

á la casa de Guisa. Anticipóse á Pardaillan, y le mató de una estocada; pero un criado de éste disparó inmediatamente un fusilazo á la Renaudie, y le pasó la bala por en medio del cuerpo. Le llevaron á la ciudad, le pusieron en una horca que habian colocado encima del puente; y luego que hubo servido de espectáculo al pueblo el tiempo que pareció necesario, fue descuartizado, y clavados sus miembros en diferentes maderos al rededor de la ciudad. A su secretario, llamado la Bigne, le cogieron vivo, y habiéndole dado tormento, se supieron por este medio muchas cosas de grande importancia para lo sucesivo. Otras varias se supieron tambien por Castelnau, Mazeris y Rainay, que eran los principales oficiales de la Renaudie, y quedaron prisioneros. Despues de haber ajusticiado á los primeros conjurados que cogieron en el camino, habiéndolos llevado antes atados á las colas de los caballos, y ahorcándolos, calzados de botas, de las almenas de los baluartes, se perdonó á la muchedumbre por considerar que habia sido seducida, y se la obligó á que volviese á sus casas en término de veinticuatro horas, sin ir mas que de dos en dos, ó de tres en tres á lo sumo. Pero como en este intervalo hubiese intentado sorprender á Amboise uno de sus capitanes, llamado la Mothe, y se hubiesen reunido con nueva audacia los conjurados, se dió orden para coger vivos ó muertos á cuantos pudiesen encontrarse, sin perdonar á los que se volviesen á sus casas. Hubo entonces una carnicería horrible; fueron ahorcadas infinitas personas en los muros de la ciudad